

Peter Pan enfurece al Führer

Hitler estaba fuera de sí. Miraba a un lado y a otro con los ojos desorbitados y rechinaba los dientes, mientras sostenía un periódico inglés.

—¡Por todas las valquirias! —aulló—. He aguantado hasta donde podía aguantar, y creo que me he ganado un respeto. Hace dos años nos anexionamos Austria. El año pasado tomamos Checoslovaquia y Polonia. Hace unos meses invadimos Dinamarca y Noruega. Ahora hemos derrotado sucesivamente a Holanda, a Bélgica y a Francia. Inglaterra está sola. No tengo nada contra ella, mientras no intervenga en el continente y me deje las manos libres para atacar Rusia. Esperaba que los ingleses me hiciesen una oferta de paz. Bien, me doy cuenta de que se lo están pensando. ¡Pero esto, esto...! ¡Ribbentrop, traduce!

Hitler dejó caer el periódico ante el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, que lo desplegó y empezó a traducir al alemán, en tono engolado, un artículo marcado con lápiz rojo:

—«¿Adolf Hitler o Adolfo Garfio? Una nueva adaptación teatral de Peter Pan hace reír a los niños londinenses», dice el titular. —Durante una fracción de segundo, Ribbentrop miró a Hitler de reojo, para comprobar el efecto de sus palabras—. «El sentido del humor es, quizá, la virtud nacional británica por excelencia. Resulta deseable en la vida social normal y se vuelve esencial en momentos de crisis. Es lo que deben haber pensado los productores de la obra teatral *Peter Pan o el chico que no quería crecer*, de J. M. Barrie. Ahora que estamos en guerra con Alemania, han tenido la brillante idea de caracterizar al capitán Garfio como Adolf Hitler, y han sustituido el sombrero ancho, la casaca, los puños de encaje, los calzones de seda, las medias y los zapatos de hebilla del famoso pirata por la camisa parda, los pantalones de montar y las botas altas, relucientes, que suele lucir el Führer.

También le han añadido el flequillo a un lado y el bigote recortado en forma de cepillo de dientes, que son los principales signos de identidad de Hitler. Y han conservado, naturalmente, el garfio propio del pirata. Con esa caracterización, el combate final entre el capitán Garfio y Peter Pan, cuando el primero llama al segundo “jovenzuelo presuntuoso e insolente”, y el segundo define al primero como “hombre oscuro y siniestro”, adquiere un nuevo significado. La obra se representa con gran éxito en el popular teatro Adelphi, en el Strand, que cada noche registra un lleno completo. Entre el público, por supuesto, predominan los niños, que no dudan en gritar y patear cuando el odiado personaje aparece en escena». Hay también —añadió Ribbentrop por su cuenta— una fotografía del actor, bajo la cual puede leerse: «Alec Guinness en el papel del capitán Garfio, posando en el escenario del Adelphi».

En la foto, un hombre caracterizado de Hitler hacía el grotesco saludo nazi con el garfio en alto, en medio de un decorado que imitaba la cubierta de un velero pirata.

Con un gesto de impaciencia, el Führer animó a Ribbentrop a pasar el periódico a Himmler, que estaba sentado a su izquierda. El jefe de las SS era un hombre de tez amarillenta, grandes mofletes y movimientos pausados. Tomó el periódico con su mano enguantada, examinó la foto a través de sus gafas de cristales redondos e hizo una mueca de disgusto.

—Podríamos enviar un agente secreto a Londres, para que liquidara a ese patán —dijo en tono frío e impersonal, como si el asunto apenas mereciera su atención—. O podríamos secuestrarlo y traerlo como invitado a uno de nuestros campos de internamiento y reeducación. Ya saben que en Dachau, por ejemplo, tenemos muy buenos servicios. Duchas especiales y jara-be de palo. —Soltó una risita inaudible—. Unos días de tratamiento especial y perdería el gusto por la actuación.

—Por desgracia, el problema no es un actor concreto —objetó Hitler—. Si nuestros agentes hicieran desaparecer a ese hombre, los productores le buscarían un sustituto. Y no tardarían en



encontrarlo, porque a los ingleses les encanta disfrazarse. Hasta el primer ministro aceptaría el papel.

Entretanto, el periódico había llegado a las manos gordezuelas de Göring, comandante supremo de la Luftwaffe, la Fuerza Aérea, que al ver la foto frunció los labios y alzó la masiva cabeza.

—Es una provocación y un insulto, mi Führer —dijo—. Ante esto, solo cabe una respuesta clara y rotunda. Tanto mis pilotos como yo mismo estamos sobradamente preparados para liquidar a la aviación inglesa antes de que levante el vuelo. Localizaremos el teatro y lo destruiremos en plena función. Será una lección que los ingleses no olvidarán, y quizá les anime a entablar negociaciones de una vez.

Hitler volvió a impacientarse. Con frecuencia, la fanfarronería de Göring le sacaba de quicio.

—¡Por todos los nibelungos! —exclamó—, ¿No se te ha ocurrido, botarate, que aunque tú y tus pilotos tuvierais éxito la obra podría representarse en cualquier otro teatro?

De todos los jerarcas nazis nadie, salvo Hitler, se habría atrevido a llamar botarate a aquel gigante de grasa y carne que era Göring. Pero el comandante de la Luftwaffe, cuya monstruosa figura despertaba miedo y respeto a su alrededor, se limitó a sonreír levemente. Estaba acostumbrado a las reconvenciones de su superior, y además se caía de sueño. El Führer, que padecía insomnio crónico, había vuelto a convocarlos en la cancillería a las dos de la madrugada.

—¿Sabemos dónde vive el autor de la obra?
—preguntó Martin Bormann, jefe de organización del Partido, un hombre bajo y corpulento que siempre esperaba a que los demás diesen su opinión para asegurarse el tanto—. ¿No podríamos ir directamente a por él y darle una buena tunda?

—He hecho averiguaciones —intervino Goebbels, ministro de Propaganda, y un brillo irónico iluminó sus ojos hundidos—. Me entristece informarles de que el señor Barrie, autor tanto de la obra teatral como de la novela *Peter Pan* y *Wendy*, se nos ha anticipado. Murió hace

tres años de una pulmonía, y está enterrado en un cementerio escocés.

Aquello equivalía a confesar que se había enterado del asunto antes que los otros. Hasta cabía la posibilidad de que fuese él mismo quien había informado a Hitler. Pero a Goebbels no le importaba que sus compañeros advirtiesen esos detalles. Estaba muy convencido de su superioridad sobre ellos.

—El problema —explicó Hitler, enfatizando cada palabra— no es el actor, ni el teatro, ni tampoco el autor de esa maldita obra, sino el personaje.

—¿Se refiere usted a ese capitán Garfio, mi Führer? —preguntó Bormann, en tono servil.

—¡No, por Odín y todos los dioses del Walhalla! —exclamó Hitler—. ¡Es un milagro que yo haya podido vencer a media Europa, rodeado, como estoy, de un pelotón de torpes! No, mi querido Bormann. Me refiero a su antagonista, a esa criatura inmadura, irresponsable y subversiva, a ese condenado Peter Pan. Explícaselo tú, Goebbels.

El ministro de Propaganda se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—El Führer quiere decir que Peter Pan es un grave peligro para los jóvenes alemanes. Desde que el partido nacionalsocialista llegó al poder, nos hemos asegurado de que los niños sientan una lealtad ciega hacia el Estado. No nos interesa desarrollar su capacidad mental, que en realidad es un peligro para la formación del carácter. Necesitamos jóvenes vigorosos, educados en la disciplina militar y el espíritu de servicio. Pero esa obra, *Peter Pan*, es una burla a la obediencia, un llamamiento a la rebeldía. Y eso lo convierte en un personaje enormemente atractivo para los niños. Hace años ordenamos la quema de todos los ejemplares de *Peter Pan* hallados en las bibliotecas alemanas, y prohibimos su representación en los teatros. Gracias a esas medidas, el peligro desaparecerá en Alemania dentro de una o dos generaciones, cuando hayan muerto todos los que leyeron o escucharon la historia. Pero los niños ingleses no son como los nuestros. Son individualistas y tienen espíritu crítico. Admiran

a los rebeldes como Robin Hood o Peter Pan, que desafían a la autoridad y actúan por su cuenta y riesgo. La ocurrencia de utilizar a nuestro Führer como villano no es una muestra de humor, como afirma el artículo. Es pura propaganda contra Alemania.

—No puedo consentir —resumió Hitler— que unos cuantos niños malcriados se burlen de mí. —De pronto se le alteró el rostro, como si sufriera un ataque. Dio tres puñetazos seguidos en la mesa y gritó—: ¡Invadiremos la Tierra de Nunca Jamás, si hace falta, y les daremos a esos críos una buena ración de disciplina!

Göring, que se había adormilado, se sobresaltó.

—¿La Tierra de Nunca Jamás? —repitió—. ¿Dónde queda eso?

Los demás se miraron, incrédulos, y Göring se sonrojó. Ahora su cara parecía un tarugo de carne cruda.

Nadie estaba seguro de haber entendido a Hitler. ¿De veras quería invadir la Tierra de Nunca Jamás? Ninguno había leído el libro de J. M.

Barrie, y solo Goebbels tenía una idea aproximada del argumento. Pero todos, salvo Göring y acaso Himmler, que sentía veneración por los lugares míticos y misteriosos, daban por supuesto que Nunca Jamás era un territorio imaginario. ¿O no lo era? A altas horas de la madrugada, bajo los elevados techos de la cancillería del Reich, la frontera entre lo real y lo imaginario se desdibujaba.

En medio de un silencio sepulcral se alzó la sibilante voz de Goebbels:

—Tengo una propuesta que hacerle, mi Führer —dijo—. Propaganda contra propaganda. ¿Qué le parecería si buscamos a un autor alemán de prestigio, y le encargamos una novela en la que el verdadero héroe sea el capitán Garfio, y en la que Peter Pan se comporte como un traidor y un cobarde? Si esa novela se convierte en un éxito, y destruimos el mito del niño que no quería crecer, ya no tendremos motivos de preocupación. Podríamos traducirla al inglés, y distribuir-la en Gran Bretaña. El capitán Garfio, defensor del orden y la disciplina, sería el favorito de los niños, y no esa bala perdida de Peter Pan.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se arrepintió. No le resultaría fácil encontrar a un autor de prestigio. Entre otras muchas tareas, su ministerio controlaba la producción literaria de los escritores alemanes, que no podían publicar sin su permiso. Pero era consciente de que muchos de ellos, sin duda los más renombrados, premios Nobel y autores de éxito mundial, estaban en el exilio o se habían suicidado, por temor a acabar en los campos de trabajo o en los sótanos de la policía secreta, la omnipresente Gestapo.

Para su desgracia, el Führer ya le había tomado la palabra:

—Lo mejor de ti, mi fiel Goebbels, es que siempre vas por delante, y no necesito convencerte de nada. Contrata a ese escritor y tenme informado. Ahora, señores, quiero hablarles de la operación León Marino.

Y, durante las dos horas siguientes, se olvidó del niño que no quería crecer y expuso ante sus secuaces un fantasioso plan para invadir las Islas Británicas.